

# Con ocasión de la publicación del catecismo *Jesús es el Señor* de la Conferencia Episcopal Española

*Homilía del lunes de la III semana de Cuaresma*

*Cardenal Claudio Hummes  
Prefecto de la Congregación para el Clero*

**Q**ueridos hermanos en el Episcopado, queridos hermanos sacerdotes, Delegados Diocesanos de Catequesis,

La Palabra de Dios en este día nos presenta el drama de la acogida de la salvación por parte del hombre, reflejado en el general sirio Naamán y en los nazarenos contemporáneos de Jesús. Naamán tiene que vencer sus resistencias iniciales para aceptar el modo de actuar del profeta Eliseo. Éste rehuye todo protagonismo y espectacularidad a fin de que se manifieste el Dios de Israel, capaz de dar muerte o vida, y la fuerza de la fe en Él. También Jesucristo se presenta con sencillez ante los nazarenos que esperan un despliegue de prodigios para creer en el hijo del carpintero. Su falta de fe le obliga a alejarse sin poder mostrar la fuerza del Evangelio.

La Iglesia se siente implicada en este misterio, pues su razón de ser es evangelizar, ofrecer la salvación de Jesucristo a todos los hombres. Ella vive la responsabilidad de las palabras de Jesús: “Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza, y quien a mí me rechaza, rechaza al que me ha enviado” (Lc 10, 16). La Iglesia empeña todas sus energías y pone todos los medios a su alcance para que los hombres se abran al Evangelio y gocen de la salvación. En esta tarea, la Iglesia es consciente de ser un instrumento, como el profeta Eliseo, pues la fe es un don de Dios y un acto libre del hombre. «A Dios que se revela el hombre debe prestar la obediencia de la fe» (DV 5). Esta misma constitución conciliar nos muestra el camino de la evangelización del hombre cuando afirma que la verdad de Dios y la salvación del hombre “resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la Revelación” DV 3.



El papa Juan Pablo II se hacía eco de esta tarea en la Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* al exclamar: “En nuestra solicitud pastoral nos preguntamos: ¿Cómo revelar a esa multitud de niños y jóvenes a Jesucristo, Dios hecho hombre? ¿Cómo revelarlo no simplemente en el deslumbramiento de un primer encuentro fugaz, sino a través del conocimiento cada día más hondo y más luminoso de su persona, de su mensaje, del Plan de Dios que él quiso revelar, del llamamiento que dirige a cada uno, del Reino que quiere inaugurar en este mundo con el “pequeño rebaño” de quienes creen en él, y que no estará completo más que en la eternidad?” (CT 35)

Pues bien, en este marco luminoso que la reflexión de la Palabra de Dios nos ofrece, se inscribe el acontecimiento de estas Jornadas Nacionales de Delegados de Catequesis en las que hemos hecho conmemoración de los diez años del *Directorio General para la Catequesis* y presentaréis el Catecismo *Jesús es el Señor*. El catecismo es precisamente el libro de la fe, una de las expresiones más características de la pedagogía de la Iglesia a la hora de comunicar la verdad de la salvación (Cf. DGC 141).

“Envía tu luz y tu verdad”, ha proclamado el salmo 41, “que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada”. El catecismo es un ofrecimiento de la luz de la verdad revelada, encaminado a establecer la comunión del hombre con Jesucristo.

Particularmente este Catecismo, dirigido a la iniciación cristiana de los niños, ha de conducirles al sacramento de la Eucaristía: “Que yo me acerque al altar de Dios, al Dios de mi alegría”, culmina el salmo de la búsqueda sedienta de Dios. Sí, el Catecismo debe considerarse como un preciado instrumento para que el niño descubra la alegría del encuentro con Jesús en la Eucaristía, en la vida de la Iglesia, y que esta alegría sea el centro de su vida. Por ello, es fundamental disponer de un catecismo adecuado al fin que se persigue, y este es el trabajo la Conferencia Episcopal Española ha llevado a término.

Afirmaba el papa Juan Pablo II en un encuentro con Obispos: “Por lo que concierne a la catequesis para niños y jóvenes es importante ofrecerles una educación religiosa y moral de calidad, presentando los elementos claros y sólidos de la fe, que llevan a una intensa vida espiritual -puesto que también el niño es *capax Dei*, como decían los Padres de la Iglesia-, a una práctica sacramental y a una vida humana digna y hermosa”<sup>1</sup>.

Hermosa y clarificadora presentación de las tareas de la catequesis: presentar los elementos claros y sólidos de la fe, una intensa vida espiritual,

1 Discurso a un grupo de obispos de Francia en visita *ad limina* (20 de febrero de 2004).

práctica sacramental y una vida humana digna. La gran tradición de los catecismos en la Iglesia y, en nuestros días el *Catecismo de la Iglesia Católica* ha articulado siempre la catequesis en torno a esas dimensiones.

La elaboración por parte de la Conferencia Episcopal Española del Catecismo de Infancia *Jesús es el Señor* está en consonancia con la finalidad del *Catecismo de la Iglesia Católica*, tal y como se expresa en la constitución *Fidei Depositum* con la que fue promulgado: “El *Catecismo de la Iglesia Católica* se destina a alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos locales que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas, siempre que guarden cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica”. La armonía entre el *Catecismo de la Iglesia Católica* y los Catecismos locales ha quedado expresada con exactitud en el *Directorio General para la Catequesis* con la imagen de la sinfonía de la fe: Los catecismos locales semejan el “coro de voces de la Iglesia universal”, llamados a ser fermento renovador de la catequesis en la Iglesia. (cf. DGC 136).

La nueva voz que representa el Catecismo *Jesús es Señor* esta destinada a comunicar el Evangelio a los niños de manera accesible, como expresión palpable de la admirable “condescendencia” de Dios y de su amor inefable (cf. DGC 131). El catequista será el instrumento que hará resonar la Palabra capaz de dar vida, reflejando en su entrega paciente la bondad de la verdad que transmite. Como Jesús en Nazaret presentará la Buena Noticia con sencillez, apelando a la sinceridad de corazón, sin caer en la tentación de recurrir a medios deslumbrantes incapaces de provocar una respuesta de fe. Como expresó el papa Benedicto XVI en su visita apostólica a Austria, “la verdad no se afirma mediante un poder externo, sino que es humilde y sólo se da al hombre por su fuerza interior: por el hecho de ser verdadera. La verdad se demuestra a sí misma en el amor. No es nunca propiedad nuestra, un producto nuestro, del mismo modo que el amor no se puede producir, sino que sólo se puede recibir y transmitir como don. Necesitamos esta fuerza interior de la verdad. Como cristianos, nos fiamos de esta fuerza de la verdad. Somos testigos de ella. Tenemos que transmitir este don de la misma manera que lo hemos recibido, tal como nos ha sido entregado”<sup>2</sup>.

Hoy más que nunca son necesarios catequistas que sean testigos de la esperanza que surge del descubrimiento en primera persona de la verdad y del amor de Dios. Testigos que se pregunten, como nos invita el Papa en su última encíclica: “¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza?”, porque “nuestra

---

2 Homilía durante la Misa celebrada delante del Santuario de Mariazell, 8 de septiembre de 2007.



esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros” (*Spe salvi* 48).

Ciertamente que la sociedad secularizada que nos rodea se posiciona ante la Iglesia de modo semejante a aquellos nazarenos del evangelio que juzgaron a Jesús humanamente y le empujaron fuera del pueblo. Por eso nuestra misión es más necesaria y urgente: proclamar que Jesús es el Señor, con la vida y con la palabra, ser educadores de la fe de las nuevas generaciones para evitar que Jesús se aleje de los hombres de nuestro tiempo sin comunicarles su salvación. Pidamos al Señor que sepamos ser testigos entusiastas y capaces de transmitir entusiasmo a esta sociedad que busca, sin encontrar, la verdadera alegría.

El lugar en el que estamos celebrando la Eucaristía, esta antigua capilla del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, nos habla de cómo el pueblo español ha sabido siempre transmitir la fe de generación en generación desde hace dos mil años. Una fe arraigada en la vida, una fe hecha cultura, una fe que ha sabido mostrar a Jesús, el fruto bendito de María. A Ella le encomiendo vuestros trabajos y toda la catequesis en España.

La Eucaristía, que estamos celebrando, hace realmente presente entre nosotros la presencia de Jesucristo, muerto y resucitado, centro del kerigma cristiano, que la catequesis debe transmitir y desarrollar. La Eucaristía es en si misma una extraordinaria catequesis! Los que participan en ella tienen la oportunidad de realizar un encuentro vivo, fuerte, personal y comunitario con Jesucristo. En la Eucaristía, resuena la Palabra vivificante de Cristo, que el discípulo oye con alegría y gozo grande, llevándolo a adherir decididamente a Dios-amor que se le manifiesta en Cristo. Durante la realidad de la presencia eucarística del Señor, el discípulo es invadido por un intenso estupor que lo lleva a exultar en alabanzas y acción de gracias. En la comunión eucarística, él experimenta místicamente como Jesús lo ama “hasta el fin”. En la Eucaristía, él aprende del maestro divino a dar la vida por los hermanos y a distribuir el pan con los pobres y hambrientos. De la Eucaristía, él parte en misión para anunciar al mundo el Reino maravilloso de Dios.

Celebremos ahora con este mensaje y con estos sentimientos nuestra Eucaristía, que nos fortalecerá en el camino del anuncio incansable de la Palabra de Dios, que es el propio Verbo encarnado, Jesucristo, muerto y resucitado por nuestra salvación. Amén.